

DIARIOS DEL TERRUÑO REFLEXIONES SOBRE MIGRACIÓN Y MOVILIDAD

número 01 • enero-junio 2016 • primera época publicación semestral • ISSN: 2448-6876



DIARIOS DEL TERRUÑO. REFLEXIONES SOBRE MIGRACIÓN Y MOVILIDAD. Primera época, número 1, enero-junio 2016, es una publicación semestral de la Universidad Autónoma Metropolitana a través de la Unidad Cuajimalpa, Coordinación de Extensión Universitaria. Prolongación Canal de Miramontes 3855, Col. Ex-Hacienda San Juan de Dios, Del. Tlalpan, C.P. 14387, México, Ciudad de México y Av. Vasco de Quiroga N° 4871, 8° piso, Col. Santa Fe Cuajimalpa, delegación Cuajimalpa de Morelos, C.P. 05348, México, Ciudad de México; Teléfono 58146560. Página electrónica de la revista <http://www.cua.uam.mx/publicaciones/diarios-del-terruno> y dirección electrónica: semmi.uam@gmail.com, Editor Responsable: Carlos Alberto González Zepeda. Certificado de Reserva de Derechos al Uso Exclusivo de Título No. 04-2016-022216361900-203, ISSN: 2448-6876, ambos otorgados por el Instituto Nacional del Derecho de Autor. Responsable de la última actualización de este número: Rodrigo Rafael Gómez Garza. Unidad Cuajimalpa, Coordinación de Extensión Universitaria. Prolongación Canal de Miramontes 3855, Col. Ex-Hacienda San Juan de Dios, Del. Tlalpan, C.P. 14387, México, Ciudad de México, Fecha de última modificación: 08 de junio del 2016. Tamaño del archivo 2.5MB.

Las opiniones expresadas por los autores no necesariamente reflejan la postura del editor de la publicación.

Queda estrictamente prohibida la reproducción total o parcial de los contenidos e imágenes de la publicación sin previa autorización de la Universidad Autónoma Metropolitana.

DIRECTORIO

Dr. Salvador Vega y León
Rector General

M. en C. Q. Norberto Manjarrez Álvarez
Secretario General

Dr. Eduardo Abel Peñalosa Castro
Rector de la Unidad Cuajimalpa

Dra. Caridad García Hernández
Secretaria de la Unidad

Dr. Rodolfo R. Suárez Molnar
Director de la División de Ciencias Sociales y Humanidades

Dr. Álvaro Julio Peláez Cedrés
Secretario Académico DCSH

Dra. Laura Carballido Coria
Coordinadora del Posgrado en Ciencias Sociales y Humanidades

DIARIOS DEL TERRUÑO

Director y editor: Carlos Alberto González Zepeda Asistente editorial: Eliud Gálvez Matías Encargado de la edición: Rodrigo Rafael Gómez Garza Asistente de la edición: Montserrat Castillo Administrador del sitio web: Rodrigo Rafael Gómez Garza Diseño editorial: Mercedes Hernández Olguín / Carlos Alberto González Zepeda.

Comité editorial: Mtro. Carlos Alberto González Zepeda (UAM-C), Mtro. Rodrigo Rafael Gómez Garza (UAM-C), Mtra. Sandra Álvarez (UAM-C), Mtro. Eliud Gálvez Matías (UAM-C), Montserrat Castillo (UAM-C), Mtra. María Eugenia Hernández (UAM-I), Mtra. Lucía Ortiz Domínguez (El Colef), Dra. Frida Calderón Bony (URMIS-Paris 7 Diderot, Francia), Dra. Cristina Gómez Johnson (CRIM-UNAM).

Comité científico: Mtra. Daniela Oliver Ruvalcaba (UAM-I), Mtro. Sergio Prieto Díaz (UIA-Ciudad de México), Mtra. Victoria López Fernández (UIA-Ciudad de México), Mtro. Christian Ángeles Salinas (El Colef), Mtro. Landy Machado Cajide (El Colef), Mtro. Gabriel Pérez (El Colef), Mtro. Alejandro Martínez Espinosa (El Colmex), Mtro. Eduardo Torre Cantalapiedra (El Colmex), Mtra. Adriana Zentella Chávez (UNAM), Mtro. Víctor Hugo Ramos (UNAM), Mtro. Joel Pedraza Mandujano (CIESAS-Occidente); Lic. Arturo Cristerna (CIDE), Patricia J. Rivero (CEA-Universidad Nacional de Córdoba, Argentina), Mtra. Isolda Perelló (Universidad de Valencia, España), Dra. Alma Paola Trejo (Universidad de la Coruña, España), Mtra. Amandine Debroyker (Université Aix-Marseille / UCLA).

QUÉ LEJOS ESTOY DEL PUEBLO DONDE HE NACIDO

LIDIA REYES VÁSQUEZ*
MARIO PAZ MALDONADO**

RESUMEN

Este trabajo tiene la intención de presentar de viva voz las historias de las trabajadoras domésticas, de los niños que juegan y viven en el rancho y de los jóvenes que alguna vez ganaron dólares en el “gabacho” (Estados Unidos), y que al mismo tiempo son habitantes del Estado de México y del Distrito Federal. Asimismo, revelar la vida cotidiana de los habitantes de una comunidad mixteca y la manera cómo viven en las zonas industrializadas del centro del país. Nos cuestionamos ¿Cómo viven los indígenas en las ciudades? y ¿Cómo ha sido y es su vida cotidiana?, en este sentido, el artículo intenta mostrar los vínculos entre géneros y generaciones no sólo de estos mixtecos, sino de muchos mexicanos que encontraron en la ciudad otro nicho de oportunidad para lograr una mejor calidad de vida. Finalmente, abordamos las transformaciones en las comunidades y en sus habitantes, así como los vínculos entre géneros y generaciones que han permitido revivir y consolidar a las comunidades indígenas, en especial la mixteca alta de Oaxaca.

Palabras clave: mixtecos, migración, comunidad, vida cotidiana y desarraigo.

INTRODUCCIÓN

El presente artículo nace de las miles de voces que saben de la migración, de lo que se vive en la comunidad de origen y en la zona conurbada de la Ciudad de México. Se trata de la vida, de la fuerza de trabajo, de las familias migrantes y los pueblos originarios invisibles para un sector de México. Este trabajo muestra las historias de cinco personas que podrían ser la historia de nuestros padres, abuelos, tías, sobrinos, primos, mixtecos, todos oaxaqueños, que hoy tienen una necesidad profunda de contar una parte de la vida cotidiana de millones de familias que están en Estados Unidos, en Oaxaca, en los municipios del Estado de México, y de los veinte millones que habitamos entre el Distrito Federal y el Estado de México. Lo anterior es un efecto de los Planes Nacionales de Desarrollo que incluyó el proceso de industrialización en México como parte de las medidas económicas para el progreso.

*Licenciada en Sociología por la Universidad Autónoma Metropolitana unidad Azcapotzalco.

**Maestro en Antropología Social por la Escuela Nacional de Antropología e Historia.

MÉXICO: UNA SOCIEDAD PLURAL

En nuestro país existen 62 grupos lingüísticos con 367 variantes. En México 10, 220, 862 personas pertenecen a alguno de los 62 pueblos originarios, lo que representa 10% de la población a nivel nacional (INALI, 2009). La población indígena está distribuida en cerca de cuarenta mil localidades, veinte mil de ellas con alta concentración. Su presencia a lo largo de todo el territorio nacional se debe en parte a los pueblos indígenas migrantes originarios principalmente de Oaxaca, Chiapas, Veracruz, Yucatán, Puebla y México (Paz, 2012).

Si bien en 2, 413 municipios –de los 2,443– que existen en México hay algún tipo de presencia indígena, de acuerdo con Núñez sólo 484 representan 10% o más de la población (Núñez, 2009). Lo que nos muestra que 20% de estos municipios tienen una población netamente indígena. Es decir, nos da un panorama de que vivimos en una nación bastante heterogénea o mejor dicho en una sociedad plural.

La historia de México, la de los últimos 500 años según Bonfil, es la historia del enfrentamiento permanente entre quienes pretenden encauzar al país en el proyecto de la civilización occidental y quienes se encuentran arraigados en formas de vida de raíz mesoamericana. Dicho enfrentamiento va más allá de ciertos elementos culturales, se da entre los grupos sociales que “portan, usan y desarrollan esos elementos (Bonfil, 1989:10)”. Son grupos que participan de dos civilizaciones distintas ya que el grupo colonial de la sociedad mexicana ha provocado que las clases y elites dominantes del país sean, los partícipes e impulsores del proyecto occidental, los que crean el México imaginario, mientras que en la base social resisten los pueblos indígenas que encarnan la civilización mesoamericana, es decir, el México profundo acerca del cual Bonfil hace una reflexión exhaustiva.

La descolonización de México fue incompleta, se obtuvo una independencia frente a la corona española, pero no se eliminó la estructura colonial interna ya que los grupos que han detentado el poder desde 1821 nunca han renunciado al proyecto civilizatorio de occidente negando que vivimos en una sociedad multiétnica, o como lo llama Van Den Berge (1973) “una sociedad plural”.

Vivimos en un México profundo donde se crea y recrea la cultura de los pueblos indígenas, quienes la ajustan a las presiones cambiantes, refuerzan sus ámbitos propios y privados, hacen suyos elementos culturales ajenos para ponerlos a su servicio y callan o se rebelan según una estrategia que se ha afinado por siglos de resistencia. Somos parte de una sociedad plural ya que al interior de México “coexisten varios grupos sociales y/o culturales distintos dentro de los límites de un solo gobierno, y tienen en común un sistema económico que los hace interdependientes, aunque en mayor o en menor grado mantienen su autonomía y estructuras institucionales discretas en otras esferas de la vida social (Van Den Berge, 1973: 961)”. Así pues, el panorama cultural de la sociedad mexicana dista mucho de ser homogéneo.

A partir de la implantación del régimen colonial el espacio, no sólo de la sociedad, se dividió en dos polos opuestos: la ciudad y el campo. La ciudad sirvió como asiento del poder colonial, el campo, en cambio fue el espacio del colonizado, del indio. Entre el campo y la ciudad las relaciones nunca fueron iguales, se gestó así un sometimiento de lo indo-rural a lo urbano-español. Sin embargo, aún en las ciudades se encuentra presente el indio.

El crecimiento acelerado de las grandes ciudades mexicanas, se debe ante todo, al arribo de los emigrantes que proceden de zonas rurales. La dinámica de dicho proceso migratorio obedece al empobrecimiento del campo y a la concentración de las actividades económicas en las urbes. Tal migración indianiza a la ciudad. Indígenas “mixtecos” que ejercemos una cultura propia hasta donde la vida en la ciudad nos los permite. Es importante destacar que “la ciudad de México es la localidad con mayor número de hablantes de lenguas aborígenes en todo el hemisferio (Bonfil, 1989: 88)”. Somos personas que nos encontramos en el corazón de México como las “Marías” con sus hijos vendiendo dulces en las grandes avenidas, otros mal enfundados en ropas de trabajo que sirven como albañiles y al servicio doméstico.¹

¹ Es necesario hacer saber al lector que somos investigadores (los autores), pero también somos hijos de mixtecos, que nos dieron la oportunidad de estudiar Sociología y Antropología, lo que nos brindó la oportunidad de elaborar relatos de vida con la otredad. Nunca antes habíamos hablado con nuestros padres, tíos, primos, abuelos y conocidos acerca de la migración. Estamos seguros

LA MIGRACIÓN DE LOS MIXTECOS EN LOS ALBORES DEL SIGLO XX

La migración ha constituido por mucho tiempo una respuesta adaptativa a las deterioradas condiciones de vida en el campo. Surge para figurar como una estrategia de sobrevivencia de las unidades domésticas familiares, pero actualmente para la gran mayoría de los mixtecos oaxaqueños (Ñuu savi, que significa “pueblo de la lluvia”), y de la población en condición de pobreza en general, resulta ser la primordial opción en torno a la cual estructuran la vida y el porvenir del grupo doméstico.

Oaxaca es uno de los estados que expulsa mayor población. Los oaxaqueños de origen mixteco tienen una tradición migratoria que comienza según Santibáñez (1995) desde 1900 aproximadamente y se intensifica en los cuarenta. Los movimientos de la población oaxaqueña han obedecido principalmente a causas de carácter económico, pero también se debe a las adversas condiciones del medio físico para la agricultura. El territorio es montañoso, lo que dificulta el acceso a tierras suficientes y aptas para sus cultivos. Asimismo, la tecnología que utilizan los mixtecos para la explotación de la tierra es poco desarrollada y por ende la productividad es baja, ya que sólo se obtiene una cosecha anual.

Los mixtecos comienzan sus flujos migratorios con una migración rural-rural. Según Butterworth (1975), los Ñuu Savi (principalmente los de la zona alta) comenzaron sus flujos migratorios comerciando productos con pueblos cercanos a través de senderos bastante accidentados, llevando mercancías en mulas, burros, o bien, sobre sus propias espaldas.

A pesar de las migraciones rurales-rurales en las que los mixtecos se empleaban como jornaleros agrícolas por ser ésta la actividad tradicional que venían desempeñando desde antaño, la situación de pobreza y marginación seguía empeorando, desencadenándose así las migraciones rurales-urbanas.

Las migraciones en México, y de los mixtecos en particular, para el periodo de 1940-1970 según Arias (1995), estuvieron caracterizadas por el traslado de los

que más de uno cuando lea sobre la vida cotidiana de estas cinco personas se sentirá identificado, ya que son un sin número de familias las que un día migraron a la gran ciudad.

pobladores del campo hacia las grandes urbes como la ciudad de México, ya que en estos lugares se concentraban las industrias de la construcción, proveedoras de trabajo mal pagado, pero abundante. La población migrante también se incorporó de manera informal al comercio. Eran principalmente los hombres jóvenes quienes intentaban emplearse en ese tipo de actividades.

Al mismo tiempo, las mujeres mixtecas jóvenes y solteras buscaban oportunidades de trabajo como empleadas domésticas, sin embargo, las casadas se quedaban al cuidado de la familia ocupando el rol de jornaleras agrícolas en su misma comunidad. Vale decir de acuerdo con Arias (1995), que un importante factor que permitió a la mujer su movilidad geográfica para ir en busca de oportunidades a las ciudades fue cumplir con la obligación de enviar parte del salario obtenido a la casa para el sustento de los que se quedaban. De tal modo, las mujeres indígenas debido al irremediable deterioro agrícola pasaron a formar parte “del paisaje domestico de cualquier casa de clase media urbana (Arias, 1995: 229)”.

Cabe mencionar que la migración femenina ha traído consigo un importante reacomodo de los lazos entre los géneros y las generaciones, porque sí bien, para los años setenta el perfil de la mujer indígena migrante –ya sea a los campos agrícolas de comunidades cercanas al lugar de origen o a la ciudad de México como trabajadora doméstica– era el de la soltera, o el de aquella que ya había concluido su ciclo reproductivo, para los ochenta se comienza a incorporar la mujer casada y aún en etapa reproductiva. De esa forma, los flujos migratorios de las mujeres comienzan a incrementarse, dando lugar a un cambio en la estructura familiar de la unidad doméstica.

D’Aubeterre (1995) dice que la migración hacía las ciudades coexiste con las migraciones hacía Estados Unidos; en ocasiones ambas se alternan en la trayectoria laboral de los migrantes, o bien, la migración a la ciudad sirve como parte aguas para la migración hacia el norte.

Según González (1995), en cuanto a las migraciones internacionales, principalmente hacia los Estados Unidos, tenemos que eran mayoritariamente masculinas. Los hombres mixtecos trabajaban por periodos en las zonas agrícolas

o en quehaceres pesados en los ferrocarriles, la industria pesada, las carreteras, etcétera. A partir de los cuarenta muchos comenzaron a migrar temporalmente a los Estados Unidos debido al auge del programa Bracero (1942-1964).² Durante esos años, los mexicanos podían entrar legalmente a Estados Unidos por ciertos periodos para trabajar en los campos agrícolas norteamericanos.

Es importante mencionar que las migraciones a Estados Unidos, tanto de hombres como de mujeres, y en ocasiones de sus hijos, se comienzan a incrementar de forma constante a partir de los ochenta.³

La migración internacional obliga a los individuos a redefinir el significado que conlleva pertenecer a la comunidad. Dichos migrantes siguen perteneciendo al lugar de origen ya no como agricultores, sino más bien a partir de la adquisición de nuevas obligaciones. Las remesas pasan a jugar un papel indispensable en las estrategias de reproducción campesinas ya que resultan ser vitales para el sostenimiento del ciclo agrícola familiar, para el mejoramiento de la comunidad y para las actividades tradicionales y rituales de cada zona en particular. Las remesas “se han convertido en esenciales para la reproducción de las redes de la sociabilidad comunitaria, lo que permite a los migrantes conservar su lugar en ellas (González, 33:1995)”.

Los migrantes mantienen una relación de acercamiento con su comunidad al enviar recursos económicos a ésta y a sus familiares, pero también mantienen vínculos con su tierra y sus paisanos mediante la constante añoranza del terruño - el sentimiento de pertenencia al pueblo- regresen o no a él.

De esa forma, la migración para la unidad doméstica mixteca y para su reproducción se ha venido estableciendo cada vez más como un importante eje dinamizador de la economía campesina.

² El Programa Bracero fue el resultado de un acuerdo firmado entre el gobierno de México y Estados Unidos en 1942 para proveer de fuerza de trabajo barata a la economía norteamericana, debido a las necesidades de ese país generadas a partir de la segunda guerra mundial.

³ Según Alvarado (2008), a partir de finales de la década de los setenta, el estado de Oaxaca, al igual que el de Veracruz, Puebla y Guerrero, comienza a formar parte de las nuevas regiones que se integraron al flujo migratorio internacional.

LA MIXTECA. ÑUU SAVI “PUEBLO DE LA LLUVIA”

La mixteca es una de las ocho regiones que conforman el estado de Oaxaca. Esta región abarca gran parte del oeste y norte del estado, y en menor medida también ocupa porciones del estado de Puebla y Guerrero. Los pobladores nativos de esa región tienen como lengua materna el mixteco. Toda la región cuenta con cerca de veinte variedades de mixteco, y también se pueden encontrar tres lenguas con las que conviven: el trique, el amuzgo y el cuicateco.

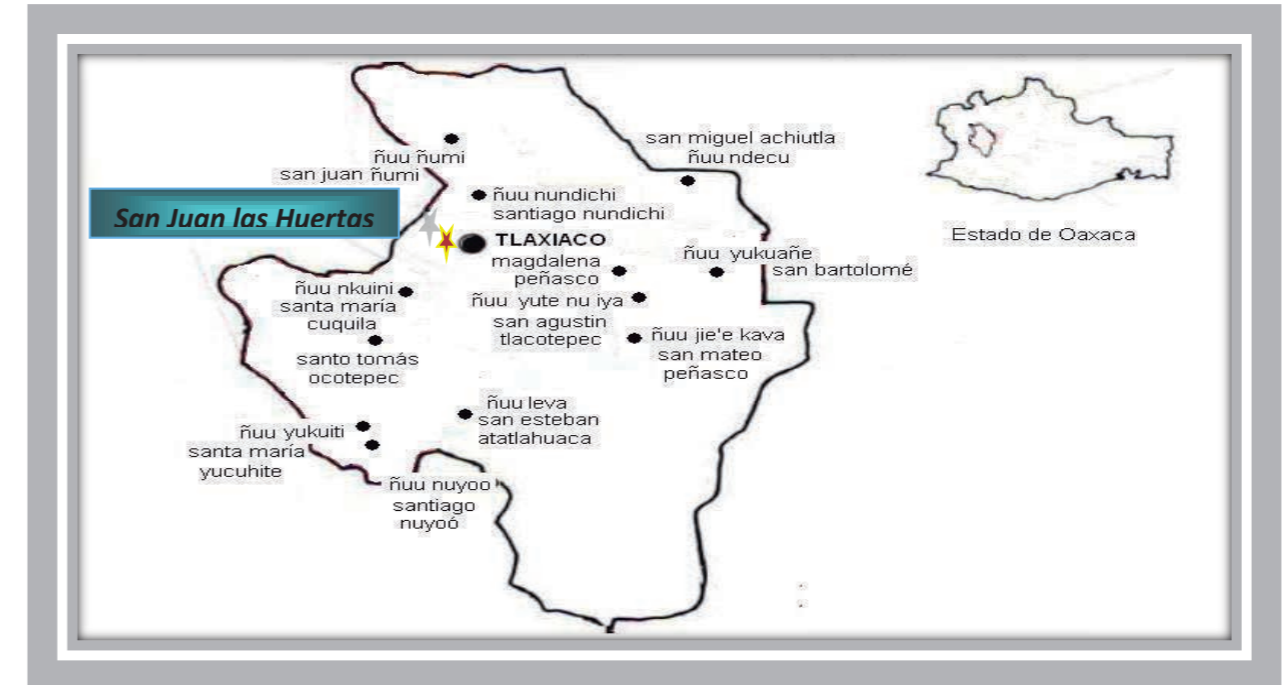
La región mixteca se divide en varias zonas dada las distintas latitudes que alcanza y de acuerdo a sus variadas condiciones climáticas, siendo éstas: la mixteca alta o “nación de la lluvia frío”; la mixteca baja o “nación de la lluvia seco”; y la mixteca de la costa o “nación de la lluvia calor”. En este artículo se hará referencia específicamente a la zona de la mixteca alta por ser ésta donde se ubica la Ciudad de Tlaxiaco (uno de los distritos de Oaxaca) y la comunidad indígena San Juan las Huertas.

Los ÑuuSavi de San Juan las Huertas

Es San Juan las Huertas el terruño de las historias que en breve se presentan, por lo tanto es importante dar una breve descripción del lugar.

San Juan las Huertas es una agencia que forma parte del Distrito de Tlaxiaco en el estado de Oaxaca. La lengua materna de la población es el mixteco. La agricultura es una de las principales bases económicas de los habitantes, se produce principalmente maíz, frijol y calabaza. También se dedican por tradición a la alfarería, a la venta de leña y en menor medida a la venta de carbón. Para el año 2010 (según datos proporcionados por el agente municipal), el total de la población era de 115 personas.

Mapa 1. Ubicación de San Juan las Huertas, comunidad que pertenece al distrito de Tlaxiaco, Oaxaca



Fuente: Mapas de Oaxaca <http://www.tlaxiaco.gob.mx/index.php?ver=historia>

Los habitantes de San Juan las Huertas se rigen por un sistema normativo interno indígena. Para ocupar los cargos de agente municipal, tesorero y secretario, son sometidos a votación popular los nombres de tres ciudadanos originarios de la región. El que obtiene la votación más alta tiene la obligación moral de ocupar el cargo para el que fue postulado por un año, sin remuneración económica alguna.

Se apoyan en la forma de organización comunitaria conocido como tequio. Es un servicio gratuito que los habitantes tienen que prestar obligatoriamente cada que sean requeridos, exceptuando a aquellos adultos mayores de 60 años que ya han cumplido con su servicio y ya no se encuentran en posibilidad de hacerlo.

Aparte del tequio también existe otra modalidad de ayuda comunitaria conocida como “guetza”. La guetza consiste en ayudar a un familiar, amigo o compadre con la cosecha anual de maíz a cambio de que aquel que recibe el servicio se comprometa a ayudar a quien lo presta cuando éste lo necesite.

Con respecto a la trayectoria migratoria de la comunidad, es importante mencionar que hasta antes de 1970 habitaban un número considerable de

personas; hombres y mujeres jóvenes en edad reproductiva, gente mayor y niños. Sin embargo, a partir de esa década los habitantes comenzaron a migrar principalmente a su cabecera municipal Tlaxiaco, a la ciudad de México y a Estados Unidos de manera masiva en busca de mejores oportunidades.

Lo anterior no quiere decir que antes de los setenta los pobladores no hayan salido de la comunidad a lugares cercanos o incluso a Estados Unidos durante el programa bracero, la diferencia radica en que aquella era una migración temporal. Los migrantes de aquel entonces iban en busca de trabajo como jornaleros agrícolas y tenían como objetivo regresar al pueblo para trabajar su tierra.

Si bien la migración mixteca tiene una tradición que data desde 1900, ésta solamente era en la época del corte de caña o de piña en Loma Bonita en el distrito de Tlaxtepec Oaxaca y en Veracruz cuando los pobladores salían por un tiempo de su lugar de origen. Es importante decir que los que se iban en busca de trabajo como jornaleros agrícolas desde la década de los treinta eran primordialmente los hombres.

Actualmente las personas que tienen como origen dicha comunidad se encuentran habitando en el centro de Tlaxiaco en el estado de Oaxaca, en la zona conurbada del Estado de México y, cruzando la frontera nacional, en Florida y Carolina del Norte en los Estados Unidos. Muchos de ellos regresan solamente en fechas importantes como la fiesta anual para visitar a su gente y a sus viejos, pero eso no quiere decir que un número considerable de gente joven vuelva para trabajar su tierra y vivir en ella.

El camino a seguir

En este punto es importante mencionar brevemente cómo obtuvimos la información de los relatos de vida. El presente trabajo es resultado de tres años de investigación con los habitantes de San Juan las Huertas que al mismo tiempo son residentes de municipios de la zona conurbada del Estado de México y fuerza de trabajo (trabajadoras domésticas, albañiles, comerciantes ambulantes, etcétera.) laborando principalmente en el Distrito Federal. Para lograr construir dichos relatos hemos vivido algunos periodos de tiempo con cinco familias de la comunidad, lo

que nos ha permitido alcanzar niveles de confianza suficientes para elaborar una serie de entrevistas y obtener información que nos permite presentar relatos de vida.

Como se mencionó anteriormente, la comunidad cuenta con 115 habitantes aproximadamente, por lo tanto escogimos al azar las cinco familias con las que trabajamos, eligiendo la historia de un integrante para contarla.

Para construir los cinco relatos de vida de acuerdo con Pujadas (1992), nos basamos en la historia de vida tal como la persona que la ha vivido la cuenta.

Análisis situacional

Consideramos que es primordial hablar *grosso modo* sobre el concepto de análisis situacional ya que las siguientes páginas están impregnadas de la historia contada por los propios actores sociales. El análisis situacional concierne a la discrepancia entre las creencias de la gente y la aceptación pública de ciertas normas por un lado, y su comportamiento real, por otro. Este es un método para integrar las variaciones, excepciones y accidentes en las descripciones de las regularidades. El análisis situacional puede usarse perfectamente para el estudio de las relaciones sociales en sociedades plurales, inestables y no homogéneas, donde claramente no se expresa un sistema cultural integrado, sino en que los sistemas dispares de creencias pueden coexistir y ser usados en diferentes situaciones sociales (Van Velsen, 2007).

SITUACIONES: TAN CERCA Y TAN LEJOS DE MI TIERRA

A continuación presentamos cinco historias contadas de viva voz por habitantes de la comunidad mixteca de San Juan las Huertas, que muestran la manera de cómo asaltar a la ciudad siendo personas que no se ofenden por ser llamados indios que tienen como lengua materna la mixteca, y no dominan totalmente el español.

Tales relatos de vida nos invitan a pensar en la vida cotidiana de los indígenas viviendo y enfrentándose a un lugar que no es su terruño. A través de su narrativa nos muestran cómo la migración trastoca su cotidianidad. Saúl, por ejemplo no ha migrado a la Ciudad de México, ni mucho menos a Estados Unidos

pero la historia de su abuelo, de su papá y de gran parte de su familia está marcada por una trayectoria migratoria. Juan y Laureano migraron a Estados Unidos viviendo en carne propia lo difícil que es llegar a ese país, además de enfrentarse a la discriminación en lo cotidiano y servir a ese lugar como fuerza de trabajo barata. Francisca y Jacinta migraron a la ciudad de México para emplearse en el trabajo doméstico remunerado, el cual tampoco les dejó un buen sabor de boca.

Nueva generación

Soy Saúl⁴ y tengo cinco años. Vivo en el rancho. San Juan me gusta más porque puedes correr y jugar por todo el campo, correr libre. Hace un año entré al kínder, allí aprendo español, el mixteco lo aprendo en mi casa, con mis abuelos, cuando me mandan por el agua, cuando me llaman a comer, cuando me preguntan cómo me fue en la escuela. Somos poquitos niños los que vamos a estudiar al kínder del pueblo. Ya sé escribir mi nombre. Mi papá se llama Fernando, él nació en San Juan Las Huertas, mi mamá Odi, es del mismo rancho que mi papá. Vivimos con mi abuelo, mi abuelita Petra y mi hermana Yareli que tiene tres años. Yo la quiero pero casi siempre estamos peleando. Mis papás hacen ollas de barro. Ellos no sabían hacerlas pero hace tiempo tuvimos que mudarnos a San Juan porque en Tlaxiaco mi papá ya no encontraba trabajo. Tlaxiaco es una ciudad, pero no es nada a lo que mi papá me cuenta de México (el Distrito Federal), allí tengo familia, tíos y primos, también tengo familia en Estados Unidos. Mi papá antes de casarse se fue para Estados Unidos, pero no me quiere decir por qué regresó, pero creo que porque extrañaba a los abuelos, pero un primo de él dice que no alcanzaron a cruzar dos veces y cuando lo lograron, no tuvieron trabajo. Mis papás toda la semana se van al monte a juntar su tierra especial para preparar las ollas y cuando las tienen moldeadas las queman y luego las dejan secando. Cuando ya están listas las guardan en nuestro cuartito que tenemos allá arriba y los sábados se van a venderlas a la plaza que hay en Tlaxiaco. Allí se cambian las cosas como intercambio, a mí me gusta ir con mi papá a la plaza porque veo a mi primo

⁴ El nombre de las personas en los cinco relatos de vida es el verdadero. Ellos nos dieron consentimiento para mostrar su historia de viva voz y hacer público su nombre.

Cheche y a la tía Juana, ellos también son comerciantes. Mi primo Cheche y yo compramos *bon ice*,⁵ los pedimos fiados y al final el señor le pasa a cobrar a nuestros papás. Cuando veo que mi papá está contento, me pongo feliz porque se vendieron bien las ollas y vamos a comprar cosas para llevar al rancho: fruta, carne, queso, cemita y verdura. Pero hay otros días, en los que no se vende y a mi papá se le pone triste su cara, entonces, agarramos nuestro taxi de vuelta y no llevamos tanto para el rancho. El carro nos cobra quince pesos por persona para el rancho. Uno de mis tíos tiene un taxi, lo compró con sus ahorros que hizo trabajando en los cultivos de jitomate en Estados Unidos. Mi abuelita Petra de vez en cuando también viene a la plaza a vender su chilacayota, cuando no vende todo, lo cambia por fruta o verdura, y así ya no se regresa triste. En el rancho la milpa ya está grande, ya hay elotitos pero todavía están tiernos, nos los vamos a comer en unos dos meses y en diciembre vamos a pisca para recoger la cosecha para las tortillas. Mi papá me compró mi resortera porque viene un gavilán que se lleva mis pollitos, lo ando buscando para espantarlo. Cuando no voy a la escuela me gusta ir con mi abuelo a cuidar los borregos al monte, me entretengo juntando leña y ayudo a hacer el fogón para la cocina. En diciembre me tocó presentar una bailable en la fiesta del pueblo, no me dio pena y baile muy bien. A mí tío Mingo le tocó ser el secretario del agente del pueblo el año pasado. Él me contó que la fiesta grande de San Juan las Huertas la hacen el día 23 y 24 de diciembre. No festejamos a ningún santito, festejamos que el pueblo se llena de gente, que viene de visita toda mi familia que vive en México, tengo a otras primas que estudian la universidad en Puebla, otros primos de Tlaxiaco, todos aquí los esperamos en el rancho. Mis abuelos y mis papás hablan mixteco, ellos piensan que yo no les entiendo pero ya sé decir palabras, “*Ca can a hista*”⁶ y mi abuelo sonrío, me acaricia la cabeza y del comal jala una tortilla, le echa sal, la dobla y me da mi taco, se pone contento cuando sabe, que yo sé hablar mixteco. (Saúl, relato de vida, 5 años, 2014).

⁵ Es un trozo de hielo de diversos sabores que venden en las calles de México y sirve para refrescar.

⁶ Significa: Vamos a comer una tortilla.

A pesar que la vida de Saúl ha transcurrido entre Tlaxiaco y la comunidad, sabe que las cosas son complicadas, que hay que trabajar duro para comer y pasarla lo mejor posible en el rancho. Sin embargo, su papá lucha para que Saúl en un futuro no sea echado a las filas de la migración y por lo tanto no pase a formar parte de la fuerza de trabajo mal pagada en las grandes ciudades.

Me fui de mojado

En mi rancho yo quería ir a la escuela, pero mi padre me decía que debíamos trabajar en el campo, ir a la milpa y trabajar hasta caer rendidos en la cama, todo lleno de calor, sudor y polvo. A mi padre no le gustaban los trabajos en equipo y después de clases, tampoco consideraba que los maestros eran justos, ya que sólo pedían las cosas para fregar a los padres y no porque las necesitáramos y aunque mi padre no había conocido la escuela, no sé porque pensaba que no hacíamos más que jugar. Lo mejor era aprender a trabajar la tierra, domar a los animales, hacer los mandados, acarrear la leña del monte, a trabajar la tierra, así se forjaban los verdaderos hombres, me decía mi padre.

Me fui al otro lado porque preferí ganar dólares y lejos dejé el yugo de mi padre, siempre me decía cómo hacer mi vida y ya no aguanté. Un día le dije algo que es verdad, que en México no había trabajo y los sueldos eran mayores allá en los Estados Unidos. Casi toda la familia se fue para allá. Tengo tíos, primos, sobrinos y un hermano, unos están en Florida. Yo la primera vez armé el arreglo con un pollero de aquí, vive cerca y me cobró sesenta mil pesos. Nos fuimos caminando por el desierto, algunos compas ya no la armaban y les ayudé a salir a los que no podían caminar. Los compas van dejando botellas de agua, mismas que van dejando vacías los policías gringos, las recogen y tiran el agua o les hacen agujeros a las botellas de plástico. Cruzar no es fácil, pero el trabajo en el campo te va preparando para hacer caminatas largas y con el sol sobre el lomo. Cuando llegamos frente a los muros, estaban unas rejas por donde trepamos y buscamos una salida del otro lado. Ya nos esperaba una camioneta, todos corrimos y esa nos llevó hasta Florida. Allí estuve trabajando en un laboratorio. Casi no aprendí a hablar inglés ya que todo el tiempo estaba con mexicanos o centroamericanos como hondureños, salvadoreños y panameños. Yo hacía

cigarros de marihuana con otras sustancias que mezclábamos. Así estuve trabajando un año y medio. Rentaba un cuarto con otros compas, un carnal más chico y un primo. Nos quedábamos en el mismo departamentito. Todo el tiempo trabajábamos, sin mujer no había qué hacer más que trabajar y comer. Una señora cerca de donde vivíamos nos preparaba la comida. Salíamos muy temprano a trabajar y regresábamos en la noche, nomás a dormir. Debía uno ahorrar y valorar el sacrificio de no ver a mis hijas, pero también así me hice de una troca y de mi casa, que están aquí en el rancho.

Me encontré a unos primos que ya tenían mucho tiempo allá y me di cuenta que no se reportaban porque no tenían para las llamadas, tampoco se regresaban porque mucho menos tenían para el pasaje. Algunos vivían en la calle y le entraban fuerte al trago, otros padecieron la miseria de otra forma, solos y en el otro lado, lo que hace su historia cada vez más llena de tragedias.

En el laboratorio donde trabajaba yo no vendía ni nada, hasta que un día al llegar, estaba cerca de donde rentábamos y vimos muchos policías. Entonces mi patrón me marcó y me dijo “no vengán al trabajo, después me comunico y nos vemos en otro lado para pagarte y darte lo de tu hermano y tú primo”. Cumplió su promesa, mi patrón era norteamericano “güero el cabrón”, al tercer día nos vimos en otro lado y me pagó. Intenté buscar trabajo y no encontré. Lo que significó dos meses en pérdida de dinero, entonces decidí regresarme, también se regresó mi primo y mi hermano (Juan, relato de vida, 27 años, 2014).

Esta entrevista la realizamos en diciembre del 2014, actualmente Juan está de nuevo en Estados Unidos, se fue en enero del 2015. Juan habla mixteco y tienen tres hijas. Su familia vive en la Huertas, pero tiene tíos que no conoce y viven en Ixtapaluca, Estado de México y otros que también están en Estados Unidos. Sabe que las oportunidades aquí son muy complicadas, y se complican más si no sabe hacer otra cosa que trabajar la tierra, por ello el camino es seguir siendo migrante para darle mejor vida a su familia.

Por la familia

Me llamo Francisca, pero prefiero que me digan Fran. Si no hubiera sido por el maltrato de mi padre, tal vez el pueblo hubiera sido diferente. Mi padre trataba

muy mal a mi mamá, quien abortó tres veces porque las golpizas eran cada vez más fuertes.

Recuerdo muy bien mi escuela, tenía dos salones. Uno tenía tres grupos de primero a tercero y el otro de cuarto a sexto. Eran de teja, de dos aguas. Terminé la primaria. En la hora del descanso regábamos nuestros cultivos, sembrábamos tomates, pepinos, betabel, calabazas.

En el rancho había muchos árboles, milpas, cerros y un río bonito, sin embargo, decidí venirme a la ciudad de México a los 11 años para apoyar a mis hermanos y a mi mamá. Cuando llegué a México fue en tren, llegamos a la estación de Buenavista. Mi hermano mayor se vino primero. Él vivía en Chalco. Apuntamos la dirección que nos envió mi hermana mayor. Ella también se vino con una prima y trabajaba como cocinera en el mismo condominio en el que yo después iba a trabajar. Cuando llegué, vi una ciudad enorme que me aprisionaba y me hacía chiquita, no se parecía para nada a mi pueblo.

Conseguí trabajo haciendo aseo en una casa. Me apartaban mi plato, mi vaso y mi cuchara. Ese fue el primero de muchos trabajos. Fueron los días más largos de mi vida.

Después tuve otros trabajos, como sabía leer y escribir, no tenía fea la letra, hasta llegué a trabajar en un almacén haciendo los inventarios en una tienda de decoración de interiores. Cursé la secundaria por la noche, era de trabajadores. Me casé a los veinte años. Mi esposo es de un pueblo, se parece algo al mío. Toda mi familia migró y está aquí por los alrededores de la ciudad. Seguimos trabajando, sacando a nuestras familias adelante, dándoles lo que no tuvimos, una casa, una escuela. Pudimos sacar a mis hermanos adelante y ayudarle a mi mamá (Francisca, relato de vida, 52 años, 2013).

El maltrato que Fran recibió de su padre fue lo que la impulsó a salir del rancho. Sin embargo, su condición de mujer la hizo más vulnerable en la gran ciudad, y ella como miles de mujeres no tuvo más que emplearse en el servicio doméstico como resultado de la división social del trabajo patriarcal. El espacio de las mujeres indígenas es el de la casa y por lo tanto, no estando en el pueblo la única alternativa fue servirle a otros. A pesar de ello, ser migrante, mujer y

trabajadora doméstica no le quitó las ganas de seguir estudiando lo cual significó una oportunidad de acceder a mejores empleos y a una mejor calidad de vida que comparte con su familia.

Gata de rancho

Me llamo Jacinta y salí del pueblo empezando la década de los setenta. Llegué a buscar trabajo como empleada doméstica porque no sabía hacer otra cosa. Con trabajo sé leer y escribir. Fue muy difícil adaptarme a la vida de ciudad. Extrañaba las grandes extensiones de campo por las cuales corrí libre tantas veces. Además, mi lengua materna es el mixteco y apenas si entendía un poco el español. Tuve que aprender a hablarlo mejor y dejar mi lengua en lo oculto. Si hablaba en mixteco con otros paisanos que también se fueron a la ciudad era en privado, nos daba pena hacerlo en público porque sentíamos como la gente nos miraba con extrañeza.

Trabajaba con Rosa Bertha en ciudad Satélite. Me pidió que trabajara en su casa para sólo cuidar a su hijo Eduardo ya que ella trabajaba. Sin embargo, me di cuenta que tenía que hacer la comida para ella, su marido y sus hijos, la limpieza de toda la casa, bañar a Eduardo y darle de comer cada que él quería.

Me enteré que su esposo había sido guarura ni más ni menos que de López Portillo cuando éste había sido presidente, así que tenían dinero. Ella nunca me preguntó si su hijo comía o no, yo lo llevé a la escuela, lo consolé en las noches cuando Eduardo no podía dormir, le di sus medicamentos cuando se enfermaba, no lo ayudaba a hacer la tarea, porque le dije: “no sé leer, ni escribir, así que de eso no me preguntes, pero tienes que hacer la tarea” y me obedecía.

Una vez llegaron a la casa y nos asaltaron, nos amordazaron a la señora y a mí, era un tipo que nos apuntaba con una pistola. El fulano amenazaba a la señora con matar a su hijo si no le daba el dinero, yo rezaba por la señora.

Yo crie a su hijo, lo abracé, lo aconsejé. Trabajé diez años para esa familia, les entregué buena parte de mi vida. Un día la señora contrató a otra muchacha y los problemas comenzaron. El trato ya no era el mismo, así que decidí irme y alejarme de Eduardo a quien tanto quería. Tuve otros trabajos pero ya no me halle en ninguno.

Trabajar en casa es feo. Cuando la gente es más o menos buena, pues está bien, pero cuando no te dan para comer o te miden la comida se sufre. Por ello decidí regresar al rancho, al menos no vivo de prestado y ya sé que en mi tierra el taco es mío (Jacinta, relato de vida, 64 años, 2013).

El trabajo como empleada doméstica es duro, mal pagado y no reconocido. Jacinta tuvo una vida precaria lejos de su terruño (al cual ya regresó). Entregó buena parte de su vida a una familia que la desechó. Dejó pasar su juventud y no se casó. Es la vida de muchas en la ciudad.

Mi pueblo añorado

Me llamo Laureano y ya voy para los 53 años. Soy nacido en San Juan las Huertas. Viví en ese lugar hasta que cumplí doce. Vivía con mi mamá, mi tía y mis cuatro hermanos más grandes, no conocí a mi papá porque murió cuando era muy pequeño. Tuve que ir a vivir a Tlaxiaco a estudiar la secundaria y luego el CBTIS, mientras tanto trabajaba ayudándole a un carpintero, ahora no soy un experto en ese oficio pero me defiendo. Después de terminar de estudiar la prepa yo no quería alejarme de mi familia porque aunque iba cada ocho días al pueblo no dejaba de verlos por mucho tiempo, pero la necesidad nos obligó a muchos a migrar por esa década de los setenta. No había opciones en qué trabajar y la verdad en el pueblo la milpa ya no daba para mucho. Con mucha tristeza decidí venirme a radicar a la ciudad de México. Llegué con unos familiares a vivir, trabajé con ellos poniendo losetas y haciendo acabados para las casas. Sin embargo, no me sentía a gusto viviendo con ellos. Con el tiempo encontré a la que ahora es mi esposa, se llama Estela y también es del mismo pueblo. Ella se vino más chica, salió del pueblo a los 11 años a trabajar de empleada doméstica sin saber hablar bien el español. Decidimos juntarnos y hacer nuestra vida. Fue muy duro, ganábamos poco y ya venía nuestra hija en camino. Yo trabajé mucho tiempo en una constructora pero quebró y me quedé sin empleo. Para ese entonces, mi hija ya tenía cuatro años, ya estaba en el kínder y no alcanzaba con lo poco que ganaba mi esposa. Así que decidí irme con mi hermano Alejandro al otro lado de mojados. La travesía fue dura y peligrosa pero logramos pasar de

indocumentados. Ya en los Estados Unidos estuve viviendo en varios, lugares pero donde más tiempo me quedé fue en Carolina del Norte. Trabajé en la pesca de jitomate y junte algo de dinero, lo demás se lo mandaba a mi mujer para ayudarla con los gastos. La verdad me empezó a ir mejor y hasta llegué a pensar en no regresar, pero cada que hablaba con Estela me decía que la niña estaba muy triste. Pensé en que estaba en otro país, sólo y sirviendo a gente que luego te maltrata, así que decidí regresar después de dos años y medio. Desde que regresé no he vuelto a los Estados Unidos, pero tampoco he vuelto a mi pueblo natal. Aquí trabajo vendiendo ferretería y no me quejo, para la comida sale, pero añoro el día en que pueda regresar a mi San Juan a estar con mi mamá, que cada vez está más acabada, con mi hermano Alejandro, que después de más de veinte años decidió regresar del norte porque le dio diabetes y ahora está ciego y con mi hermana que tuvo que dejar su empleo en México para venir a cuidar a mi madre y a mi hermano. Ahora tengo un nieto y deseo que él ame esta tierra como yo la amo, espero que estudie y tenga una mejor vida pero que no olvide que somos de rancho y que, a pesar de todo lo que se pueda decir, aquí se vive mejor, vives libre, con tu gente y con tu dignidad en la bolsa (Laureano, relato de vida, 53 años, 2012).

La historia de Laureano es un claro ejemplo del sentimiento de apego al terruño. El trabajo en la ciudad y en Estados Unidos nunca le ha sido fácil. La mejor opción que encontró para formar una vida de familia fue con una persona de su misma comunidad. Sabe bien que estudiar es una de las formas en que las nuevas generaciones pueden encontrar una mejor calidad de vida. Es importante resaltar su anhelo de regresar a su rancho, porque en él encuentra la libertad que aquí –en la ciudad– y en otras partes jamás encontrará.

CONCLUSIONES

Por medio del uso del método del análisis situacional nos damos cuenta de las relaciones que se establecen al interior de los estados nacionales como México donde los indígenas son mano de obra barata, empleándose como trabajadoras domésticas, jornaleros agrícolas y vendedores ambulantes. En las ciudades industrializadas no han encontrado reconocimiento de sus derechos. Son

discriminados, teniendo como único lugar de refugio su comunidad. Para la comunidad, al menos a la que referimos en este trabajo, los migrantes son bienvenidos. Han ganado los derechos mandando su respectiva cuota para la fiesta anual, estén viviendo y/o trabajando en Estados Unidos o en la Ciudad de México. Además, por lo general visitan constantemente el terruño para visitar a la familia, pero también para ver en qué pueden aportar a la unidad doméstica y a la comunidad en general. Lo anterior no significa que no haya tensiones por las tierras abandonadas o los cargos que se tienen que cumplir al interior de la comunidad, sin embargo, resuelven estas tensiones aportando en otros sentidos.

Por tanto, surge la necesidad de revitalizar la comunidad y no abandonar sus derechos sobre ella. En los últimos cinco años algunos jóvenes que han vivido parte de su vida en Estados Unidos han regresado a la comunidad, incluso formaron un sitio de taxis que va de San Juan las Huertas a Tlaxiaco para poder solventar necesidades económicas y ayudar a la población en general, ya que los precios son más accesibles que los que les pueden proporcionar otros taxis. Cuestiones como éstas, los hacen sujetos de derecho para seguir participando y tomando decisiones sobre la vida en la comunidad.

La descapitalización del campo orilló a muchos a emprender viajes en búsqueda de una nueva vida. Han migrado de San Juan las Huertas las y los jóvenes, aquellos que se encuentran o encontraban en edad productiva y reproductiva. Circunstancia que provocó un reacomodo de los lazos entre los géneros y las generaciones en la comunidad. Así, las mujeres comenzaron a adoptar nuevos roles, y por tanto decidieron dejar el pueblo para emprender la aventura hacia otros destinos.

Un principio de vida para los mixtecos es mejorar las condiciones de vida de las generaciones futuras, gran parte del sacrificio del migrante va dirigido a este fin. Aspiraciones que en lo local dan satisfacción, aceptación y reconocimiento por los que han vivido esa travesía de momentos gratos, de abandono y de satisfacción que trae consigo la vida.

La identidad de los migrantes se confronta entre lo propio y lo ajeno. Son indígenas migrantes y también son mixtecos de San Juan las Huertas, a pesar de

no vivir en la comunidad o de no hablar la lengua materna en su vida cotidiana. Lo cual tiene una explicación, y es que nuestra vida ha sido influenciada por los procesos económicos, políticos, sociales y culturales propios del estado nacional o la sociedad mayor.

No son los pobres de México, son personas productoras de una cultura propia, porque si bien, muchos ya no sienten el deseo de trabajar la tierra, sí añoran a su gente, sus costumbres y su dignidad, lo que es propio.

BIBLIOGRAFÍA

- Alvarado, A. (2008). Migración y pobreza en Oaxaca, en *El cotidiano*, marzo-abril, año/vol. 23, número 148, UAM-Azcapotzalco, pp. 85-94.
- Arias, P. (1995). La migración femenina en dos modelos de desarrollo: 1940-1970 y 1980-1992). En Soledad González, Vania Salles, (cords.). *Relaciones de género y transformaciones agrarias*, COLMEX, México, pp. 223-255.
- Bonfil, G. (1989). La civilización negada. *México profundo*, México, pp. 23-101.
- Butterworth, D. (1975). *Tilantongo: Comunidad mixteca en transición*. INI, México.
- D'Aubeterre, M. E. (1995). Tiempos de espera: emigración masculina, ciclo doméstico y situación de las mujeres en San Miguel Acuexcomac, Puebla. En Soledad González, Vania Salles, (cords.). *Relaciones de género y transformaciones agrarias*, COLMEX, México, pp. 255-301.
- Gluckman, M. (2003). Análisis de una situación social en la Zululandia moderna, *Bricolage. Revista de estudiantes de Antropología*, Año 1, Núm. 1, UAM-I, México, pp. 34-49.
- González, S. (1995). Mujeres que se quedan, mujeres que se van... continuidad y cambios de las relaciones sociales en contextos de aceleradas mudanzas rurales. En Soledad González, Vania Salles, (cords.). *Relaciones de género y transformaciones agrarias*, COLMEX, México, pp. 15-53.
- Instituto Nacional de Lenguas Indígenas (2009). *Catálogo de las lenguas indígenas nacionales*, INALI, México.
- Paz, M. (2012). El sol lloró y con sus lágrimas se hizo el agua, creador de colores y paisajes sonoros de la vida: Lugar o cerro del maíz negro, San Juan Yautepec, Huixquilucan, Estado de México. Tesis de maestría, ENAH.
- Pujadas, J. (1992). Introducción: el uso de las historias de vida en las ciencias sociales. *El método biográfico*, Cuadernos metodológicos, número 5, Madrid, pp. 7-14.
- Santibáñez, J. y V. Martínez (1995). *La migración nacional e internacional de los oaxaqueños*, COLEF/Consejo Estatal de Población de Oaxaca.
- Van Den Berge, P. (1973). Pluralism and the polity: A theoretical exploration in pluralism in África. En John J. Honigmann (ed.), *Handbook of social and culture anthropology*, Chicago, Rand McNally, pp. 959-977.

Van Velsen, J. (2007). El método del caso ampliado, *Bricolage, Revista de estudiantes de Antropología*, núm. 14, pp. 44 y 45.

Entrevistas

Francisca, 52 años. Originaria de San Juan las Huertas.

Jacinta, 64 años. Originaria de San Juan las Huertas.

Juan, 27 años. Originario de San Juan las Huertas.

Laureano, 53 años. Originario de San Juan las Huertas.

Saúl, 5 años. Originario de San Juan las Huertas.

DIARIOS DEL TERRUÑO REFLEXIONES SOBRE MIGRACIÓN Y MOVILIDAD

número 01 • enero-junio 2016 • primera época publicación semestral • ISSN: 2448-6876